

MANUEL CALLEJA

En la hora de la verdad

Mario Benso
Fotografía: Pablo Otín

Supongo que lo que primero cautiva en él es su sonrisa, amplia y expresiva, que le hace contraer los ojos de forma desconcertantemente similar a como lo hace otro de sus colegas, el rocoso Buster Williams. Su locuacidad y el deje sevillano contribuyen a reforzar su simpatía. Luego, en escena, lo intenso de la concentración le hace abstraerse de casi todo a su alrededor, y el rostro se le crispa en una mueca que a menudo recuerda al dolor. Los dedos viajan con fortaleza por el mástil, buscando sin pausa el hallazgo de todos los matices sonoros del contrabajo. Es Manuel Calleja, un hombre a la búsqueda del sentido último de la música.



"Creo que soy un músico abierto a todo aquello que me gusta. Trabajo sobre todo el tema de la expresión, y si he avanzado técnicamente diría que es porque soy intuitivo y por las posibilidades que te da la experiencia." Manuel Calleja es uno de esos talentos de la nueva generación surgida a principios de los 80 y que apenas en los últimos años ha comenzado a forjarse una sólida carrera como contrabajista y jazzman. "Hasta hace poco vivía en un pisito de unos pocos metros cuadrados con mi mujer y mi hija, y en tan poco espacio la presencia del bajo era algo continuo, casi obsesivo, estaba en todas partes. Ahora he podido mudarme a un piso más grande."

La omnipresencia de tan enorme instrumento puede llegar a acongojar a quienes lo practican; ahí están las conocidas dificultades, para el transporte, ubicación, carga y descarga (ver *Cuadernos de Jazz*, nº 6)... pese a todo, la mayoría de los bajistas de jazz de la actualidad no se plantean siquiera el tema de la dualidad bajo acústico/eléctrico: "No se puede tocar jazz con un bajo eléctrico. Al menos, yo no puedo." Al abordar la extrema complejidad—tanto solista como acompañante—de este duro instrumento en el contexto de una formación jazzística, Calleja coincide en que tal dificultad arranca en parte de un papel "que básicamente es el de soporte del grupo. El bajo no fue concebido como un instrumento solista, y por ello tiene problemas a la hora de desempeñar esta labor, a la hora de la construcción de frases musicales cada vez más desarrolladas, algo en lo que trabajo intensamente".

Si hay un adjetivo que encaje a la perfección en el talante estilístico de Manuel es el de "sólido". Poseedor de un *beat* poderoso y rotundo, sus líneas intensas, llenas de bravura y profundidad agrupan notas plenas de sonido, de cuerpo. Con frecuencia, cierta oscura concentración trae inmediatamente a la memoria el trabajo de Jimmy Garrison, comparación que ni mucho menos le desagrada. "Garrison es el más grande intérprete de baladas, mi favorito, un gran bajista

y músico." Fue, además, el introductor de un cierto concepto "guitarrístico" del contrabajo, con el uso de acordes y una extensión de los registros solistas del instrumento, una labor que casi simultáneamente había iniciado Scott LaFaro, protagonista según Calleja de lo que fue "un pequeño salto al contrabajo moderno".

"Existe un punto en el que arte y técnica se desligan, y ese punto varía en cada individuo". Hay mucho de reflexivo, casi de filosófico en la concepción musical de Manuel Calleja: "La música es algo muy grande, y que hay que sentir,



como lo hace un cantaor flamenco o un bluesman del Misisipi. En ellos hay una relación, un sentimiento afín, pero también una experiencia diferente, verdadera. La música de verdad es aquella que te transporta, te hace concentrarte tan profundamente que parece como si flotaras, como si salieras de ti mismo. Eso me sucede, por ejemplo, con Wagner Tiso, un músico con el que he tocado en ocasiones."

Sentimiento de verdad y profundidad que él descubre en la labor de maestros como Mingus o Charlie Haden: "Mingus poseía un sentimiento profundo como de resentimiento en su música. Haden es él mismo, es un bajista que toca de verdad."

En contra de lo que pueda pensarse, Manuel Calleja no se inició en el jazz de la mano de un bajista o de grabaciones de contrabajistas, sino a través del canal más sencillo y tópico de un *single* de Louis Armstrong. Fue allá en Sevilla, donde nació en 1964 en la populosa Triana. "Mi primer contacto serio con el jazz fue durante el

primer Festival de Jazz de Sevilla. Y aunque he realizado estudios musicales con posterioridad, creo que artísticamente me definiría como autodidacta". Su debú profesional le llegó en 1981, junto a Sergio Rodríguez y Jimmy Castro. A partir de ahí, y hasta su llegada a Madrid en 1988 para incorporarse al plantel de profesores del Taller de Músicos y a las distintas formaciones nacidas en el seno de éste (la Big Band, el Nonesito, Jazz Friends, Calleja puso su arte como *freelance* al servicio de casi todo el mundo del jazz del país: Horacio Icasto, Ximo Tebar, Jorge

Pardo, Naima, Hyscadix, Abdu Salim, Malik Jaqub, Solar, Joe Pass, Barry Harris (éstos de visita por España), Bruce Forman... Su abanico de experiencias abarca campos tan dispares como el flamenco (Rafael Riqueni), el pop (Duncan Dhu) o la música de películas (grabó para el film *Dick Tracy* que apareció en la banda sonora pero no en el cine). No obstante, su experiencia más curiosa sucedió no hace mucho: "Trabajé en la coronación canónica de la Virgen de

Alcobendas, junto a una coral, cuatro solistas y cinco sintetizadores haciendo de orquesta". Remarcada experiencia, casi tan intensa como la de actuar en escenarios cuesta abajo o que se hunden en pleno concierto, como alguna vez le ha sucedido.

Admirador entre otros de Ray Brown, Paul Chambers, Ron Carter, Gary Peacock ("un grandísimo músico"), Eddie Gómez, Niels Pedersen, Cecil McBee, George Mraz, Richard Davis o Buster Williams ("un tipo duro"), Manuel Calleja ambiciona en secreto liderar algún día una banda propia en la que pueda plasmar a nivel compositivo las muchas ideas que le rondan por la cabeza. Una música que sería sin duda abierta, pasional, expresiva de los más hondos sentimientos. En definitiva, un reflejo de su propia personalidad, la de un músico que trabaja día a día para dominar las múltiples facetas de su instrumento y hallar la oportunidad de asir, aunque sólo sea por unos minutos o unas horas, el espíritu mágico del Arte, de la belleza. ■